

JOHN ASHBERY

EL MANUAL DE INSTRUCCIONES

TRADUCCIÓN DE ROBERTO ECHAVARREN

Sentado mirando por la ventana del edificio
no querría tener que escribir el manual de instrucciones acerca de los usos de un
nuevo metal.

Miro la calle y veo gente, cada cual caminando en paz,
y los envidio —¡tan lejos de mí!
No tienen que preocuparse por terminar este manual a tiempo.

Y, como siempre, empiezo a soñar, con los codos
sobre el escritorio y asomándome un poco a la ventana,
¡en la tenue Guadalajara! ¡ciudad de flores rosadas!
¡La ciudad que más quise ver, y vi menos, en México!
¡Pero me imagino que veo, bajo la presión de tener que escribir el manual de
instrucciones,

tu plaza pública, ciudad, con su adornado quiosco de música!
La banda está tocando *Sherezade* de Rimsky-Korsakov.
Alrededor las floristas ofrecen flores de color rosa y limón,
cada una atrayente con su vestido a rayas rosa y azul (¡oh!, qué tonos de rosa y
azul),

Y cerca hay un pequeño puesto blanco donde algunas mujeres de verde brindan
fruta verde y amarilla.

Las parejas desfilan; todos están con ánimo de fiesta.
Delante, encabezando el desfile, hay un tipo buenmozo
de azul oscuro. Lleva puesto un sombrero blanco
y tiene bigote, recortado para la ocasión.

Su querida, su esposa, es joven y bonita; su chal es encarnado, rosado y blanco.
Lleva zapatillas de cuero, a la moda yanqui,
y un abanico, porque es modesta y no quiere que la gente le vea la cara
demasiado.

Pero cada cual está tan entretenido con su mujer o amante
que dudo que se fijen en la mujer del bigotudo.

¡Ahora pasan los muchachos! Van esquivando los bultos y tirando
porquerías a la vereda, que es de baldosas grises. Uno, un poquito mayor, tiene un
palillo entre los dientes.

Está más callado que los otros, y pretende no ver a las lindas chicas de blanco.
Pero sus amigos las ven, y las muchachas se ríen de las cosas que les gritan.
Esto se acabará pronto, cuando crezcan,

y el amor los traiga a la plaza por otro motivo.
Se me perdió el muchachito del escarbadientes.

Un momento: ahí está: del otro lado del quiosco de música,
escondido de los amigos, en seria conversación con una chica
de catorce o quince. Trato de oír lo que dicen

pero parece que apenas murmuran algo —tímidas palabras de amor, posiblemente.
Ella es un poco más alta que él, y lo mira tranquila a los ojos, que parecen sinceros.
Está de blanco. La brisa ondea el pelo negro, largo y fino, contra su mejilla bronceada.
Sin duda está enamorada. El muchacho, el jovencito con el escarbadiante, también está enamorado;
se le ve en los ojos. Al darme vuelta
me doy cuenta de que paró la música.
La gente descansa y bebe con pajillas
(los tragos son distribuidos de una gran jarra de vidrio por una mujer de azul oscuro),
y los músicos se mezclan con sus uniformes blanco crema, y hablan
acerca del tiempo, quizá, o de cómo se portan sus hijos en la escuela.

Aprovechemos la oportunidad para entrar de puntas a una de las calles laterales.
Se ve una de esas casas blancas con cerco verde
que son tan comunes aquí. Miren —¿qué les decía?
El interior es fresco y oscuro, pero el patio está bañado por el sol.
Hay una vieja sentada afuera, que se abanica con un abanico de palma.
Nos invita al patio, y nos ofrece una bebida fría.
“Mi hijo está en México”, dice. “También él les daría la bienvenida
si estuviera aquí. Pero trabaja en un banco.
Vean, ésta es su foto”.
Y un hombre de piel oscura con dientes como perlas esboza una sonrisa desde un marco de cuero
gastado.
Le agradecemos la hospitalidad, pues ya se hace tarde
y queremos contemplar la ciudad desde un lugar alto antes de irnos,
desde ese campanario —el rosado descolorido, allí, contra el azul salvaje del cielo. Entramos despacio.
El sacristán, un viejo vestido de marrón y gris, nos pregunta cuándo llegamos y si nos gusta el lugar.
Su hija está fregando los escalones —nos saluda con la cabeza cuando pasamos hacia la torre.
La subimos rápido, y el conjunto de la ciudad se extiende ante nosotros.
Ahí está el barrio acomodado, con sus casas rosadas y blancas, y sus terrazas ruinosas, cubiertas de
hojas.
Allí está el barrio pobre, sus casas azul profundo.
Allá está el mercado, donde los hombres venden sombreros y aplastan las moscas,
y la biblioteca pública, en distintos tonos de verde pálido y beige.
¡Miren! Ahí está la plaza de donde salimos, con los paseantes.
Ahora, que el calor aumenta, hay menos gente,
pero el jovencito y la muchacha todavía emergen entre las sombras del quiosco de música.
Y al lado está la casa de la viejecita
—todavía está sentada en el patio, abanicándose.
¡Qué limitada, y qué completa sin embargo, ha sido nuestra experiencia de Guadalajara!
Hemos visto el amor juvenil, el amor conyugal, y el amor de una madre anciana por su hijo.
Oímos la música, probamos los tragos, vimos las casas de colores.
¿Qué queda por hacer, salvo quedarse? Pero no podemos.
Y mientras una brisa tardía refresca la punta de la torre antigua y deteriorada, me vuelvo
hacia el manual de instrucciones que me hizo soñar con Guadalajara.